

Copia del original

en poder Lic. -

(Lic = pág 144)

I

LO QUE EL EXTRAÑO VE

SE SABE bien que no hay acontecimiento político que llame tanto la atención de los mexicanos (y de los extranjeros) como este de la sucesión presidencial. Y eso por razones obvias. Es bien conocida la observación hecha por antropólogos e historiadores de que el mexicano de todos los tiempos ha tenido frente al jefe de la tribu o del estado una actitud de verdadera veneración, pues de ese ser superior espera el milagro de que con un gesto o una palabra le devuelva la salud o el bienestar. Y es un hecho también de que en los días que corren ahora el mexicano crea que del Presidente depende, o parece depender, toda la vida nacional, de modo que para nadie puede ser indiferente que sea ésta u otra la persona elegida. Después, está el contraste conmovedor entre la primera etapa, la selec-

ción del ungido, o sea el "rey o sacerdote signado con el óleo santo", y la segunda, el lanzamiento público del candidato oficial del PRI. Aquella transcurre en un silencio y en una oscuridad que sobrecogen, mientras que la segunda arroba y fascina como una luz de bengala. En efecto, se presiente que la larga lucha de los dieciocho miembros del gabinete presidencial, todos ellos aspirantes a la sucesión, se inicia desde el primer día del sexenio, pero como ocurre tan en el fondo del mar, no aflora la ola más leve e inocente. A la inversa, se arroja al viento el nombre del Delfín con un verdadero alarido, que recogen en primera plana y a ocho columnas todas las publicaciones periódicas del país, y el radio y la televisión acuden como de rayo a difundir, ahora sí que "en red nacional", la imagen del ungido, sus primeras declaraciones y la fila interminable de quienes acuden a felicitarlo, desearle lo mejor y ponerse a sus órdenes. Viene en seguida la magna reunión en donde el escogido acepta públicamente su postulación y en que se supone que al menos esbozará su programa de gobierno. Para celebrarla, primero se habilitó el Palacio de Bellas Artes como el local

de mayor capacidad; pero bien pronto se hizo en un viejo coso taurino, después, en la plaza "monumental", y en no lejano día estaremos en el estadio olímpico. Y no paran allí los festejos, pues ahora el candidato inicia su campaña electoral, que lo lleva a todos los rincones del país. Lo siguen sus adeptos, invitados especiales y una turba de periodistas de la prensa, el radio y la televisión, que transmiten día con día y durante seis largos, interminables meses, sus andanzas: dónde está, quién lo recibe, qué peticiones le hacen y sus ofrecimientos.

Todo esto lo ve y lo escucha cualquier ciudadano; pero nada sabe de la primera etapa del proceso, la del Tapado, que lo mantiene en suspense los ocho meses anteriores. Por esto último, justamente, el discurrir sobre la sucesión presidencial impone el primer tema de cómo y por qué acaba de encuerarse a uno de los varios tapados o aspirantes presidenciales.

ES CURIOSO que en este punto difieran marcadamente la opinión del mexicano y la que se ha formado el observador extranjero. Me refiero a la opinión del mexicano común y corriente, única

que existe, ya que, hasta donde se sabe, ninguno de nuestros politólogos ha publicado nada especial sobre este asunto. Al contrario, todos los extranjeros, en particular, sobra decirlo, los norteamericanos, la han considerado con esmero.

La opinión de ese mexicano común y corriente varía según su grado de descreimiento o de credulidad. Todos coinciden en que el presidente saliente escoge a su heredero, pero no así en los motivos del escogimiento. En un extremo está quien asegura que es un caso más de "cuatezonería", de "compadrazgo"; por lo tanto, juzgado desde el punto de vista de los intereses nacionales, no puede ser más arbitrario ni caprichoso. El mexicano que trata de razonar, concede que el Presidente en turno lo escoge con amplia libertad, y que lo hace desde muy temprano, sólo que guarda el secreto hasta el último momento por numerosas y sesudas consideraciones, entre las cuales no deja de figurar el entretenimiento que le proporcionan las piruetas que hacen los cinco o seis aspirantes para adivinar su pensamiento. La primera causa de la preferencia es la lealtad con que el escogido en ciernes ha apoyado su gestión, pero sobre

todo la que pueda prestarle cuando el Presidente deje el poder, pues de lo contrario quedaría expuesto a que el sucesor tienda al sol algún trapito sucio. Añadiría ese mexicano que entre ambos debe haber alguna afinidad en el modo de ser y aun en las ideas...,--if any, subrayaría. En fin, agregaría la conveniencia de que el escogido no tenga muchos enemigos, pues el ideal es que "le caiga bien a todo el mundo". Pero tanto el mexicano descreído como el crédulo vuelven a coincidir en el punto en verdad esencial: antes, durante y después de sus respectivas exposiciones, dirán que todo cuanto han dicho lo imaginan, pues no lo saben y menos lo han comprobado de algún modo, ya que el drama, o la comedia de la selección se desarrolla dentro de la cabeza del presidente en turno. No sólo eso, sino que, recordando, sobre todo, al presidente Ruiz Cortines, ambos mexicanos, el crédulo y el incrédulo, asegurarán que cuando el Presidente suelta una palabrilla o hace un gesto indicativo de su posible preferencia, en realidad procede así para encubrir lo que guarda en sus entrañas.

6

ES CURIOSO, según se ha dicho, que el observador extranjero difiera en este punto de la sucesión presidencial de las impresiones (que no opiniones) del mexicano. No puede dudarse de que éste la ha hallado, y la encuentra misteriosa, puesto que él inventó la palabra y el concepto de "Tapado" y "Tapadismo", que usan los propios extranjeros. Aun así, éstos encuentran el proceso selectivo perfectamente explicable y aun predecible.

En efecto, desde 1959 el profesor Robert Scott afirmaba que "durante las últimas elecciones, tanto las relaciones entre los grupos como los hábitos políticos del mexicano, han puesto en claro el conjunto de interacciones entre los principales participantes en el proceso de elegir funcionarios". Por eso --agrega--, semejante proceso "se ha vaciado en un molde y es razonablemente predecible". Pero en seguida se le escapa esta observación: ver de cerca semejante proceso convence al observador de que "muy adentro" del partido oficial hay un toma y daca". Es decir, que ese proceso selectivo no se ve, pues quien está fuera de un edificio no ve, ni puede ver, lo que pasa

adentro. Entonces, cuando más, se presiente. Cinco años más tarde vino el pintoresco escritor Frank Brandenburg, quien ve tan claro ese proceso, que lo divide en nueve etapas, que describe animadamente. Por su parte, el profesor L. Vincent Padgett afirmaba en 1966 que si bien un gran número de observadores mexicanos y extranjeros piensan que el escogimiento es una decisión arbitraria del Presidente, él, Padgett, sin excluir del todo el factor de arbitrariedad, cree que "la magnitud de la intervención directa del Presidente es menor de lo que se imagina", pues semejante proceso se sigue conforme a reglas establecidas aun si la decisión final recae "en favor de candidatos cuyas credenciales son inferiores a las de sus rivales".

LLEGADOS A este punto, resulta inevitable preguntarse por qué estos extranjeros ven claro lo que los mexicanos miramos tenebroso. Me temo mucho que lo que dicen es imaginado, o fruto del sentido común, del que los mexicanos no carecemos completamente. Y la razón resulta clara: se propusieron entender

el sistema político de México, y como no es grato darse por vencido, cuando les faltan hechos que sustenten sus explicaciones, se los imaginan, o le dan un valor exagerado a la deducción del simple sentido común, o presentan como peculiar a México lo que es común a numerosos países.

El profesor Scott, por ejemplo, explica atinadamente que el proceso selectivo ha tendido a abreviarse por la razón principal de que provoca una inevitable tensión entre los sectores políticos y conduce inclusive a paralizar los negocios, pues el empresario pospone sus inversiones hasta no saber con quién habrá de habérselas. Así, mientras la "campaña" de Cárdenas se llevó dieciocho meses, la de López Mateos se redujo a menos de la mitad. Pero ahora comienza a funcionar el simple sentido común. En su primera etapa --dice Scott-- cada uno de los aspirantes inicia, "cuidadosa y secretamente, una campaña de rumores para debilitar la posición de sus competidores", sin cuidarse de que el Presidente, incluso el país todo, sufran los efectos adversos de semejante campaña. Cada uno de esos aspirantes --sigue diciendo-- alienta la formación de organizacio-

9

nes ajenas al PRI, que so pretexto de defender intereses patrióticos, lo apoyan presentándolo como la mejor salvaguarda que éstos puedan tener. Asociaciones estables y conocidas expresan públicamente opiniones sobre los problemas nacionales con la esperanza de que las tengan en cuenta quienes han de decidir finalmente sobre el sucesor. Sin embargo, como muchas de esas asociaciones no son serias, encubren su debilidad con declaraciones ruidosas y constantes. "Cada uno de esos grupos --dice Scott-- desea favorecer la causa que propone, pero ninguno se arriesga a apoyar abiertamente a uno de los aspirantes". Y al final viene lo imaginado: el Presidente "consulta a los grupos interesados".

Brandenburg se siente tan seguro conocedor de las entrañas más íntimas del sistema político mexicano, que describe todo el proceso, desde la primera etapa, la de "El Tapado", hasta que el "Verdadero Tapado" se arrellana en la silla presidencial. En este momento no interesa sino la primera, la del Tapado, que Brandenburg, en realidad repitiendo a Scott, limita a las consultas que el Presidente hace con "el círculo íntimo de la Fa-

10

milia Revolucionaria", encuesta que se cifre a una media docena de secretarios de estado, ya que jamás a nadie se le ha ocurrido pensar en un líder obrero o campesino como aspirante presidencial. Viene en seguida la segunda etapa del proceso, consecuencia lógica de la primera, o sea el anuncio del nombre de quien fue seleccionado, nombre que proclama el líder de alguno de los sectores del PRI. Por su parte, el profesor Padgett afirmaba en 1966, siguiendo también a Scott, que "la interacción de las demandas o exigencias contrapuestas" de los distintos grupos tiene lugar "en el interior de la Coalición Revolucionaria", como llama a lo que Brandenburg denomina "Familia Revolucionaria" y Scott "grupos interesados".

No parece requerir mucha malicia o demasiado escepticismo darse cuenta de que todas estas afirmaciones, excepto una, son hijas del sentido común y, por lo tanto, aplicables a cualquier tiempo y en cualquier país. Digamos la de que cada aspirante al poder quiere debilitar a sus contrarios mediante chismes, incluso calumnias, que hace circular solapadamente. Esto ha ocurrido en todas las épocas y en todos los lugares del mundo,

y si alguna diferencia específica existe en el caso de México, es que, como aquí se juega al Tapado, ese circular chismes y calumnias ha de hacerse mucho más delicadamente. El que en vísperas del destapamiento surjan asociaciones o individuos que so pretexto de opinar sobre los problemas del momento apoyan con disimulo a uno de los aspirantes, también ocurre en cualquier parte del mundo, sólo que, una vez más, aquí se hacen las cosas con un disimulo tan elaborado, que a veces estropea la intención del opinante. En realidad, lo único de interés que aportan esos politólogos es que la selección presidencial no es enteramente arbitraria, sino hija de consultas con "sus más cercanos asociados", según Scott, con el "círculo íntimo de la Familia Revolucionaria" o de la "Coalición Revolucionaria".

UN TESTIGO presencial de los hechos, y en cuya veracidad puedo confiar, me ha relatado con lujo de detalles cómo se conoció el destapamiento de Ruiz Cortines. El general Rodolfo Sánchez Taboada, entonces presidente del PRI, invitó a un pequeño

grupo de amigos a comer en el restaurante "Tampico", que había hecho célebre don Emilio Portes Gil. Sánchez Taboada quería que en cuanto se recibiera de la presidencia el nombre del ungido, todos se pusieran a trabajar en el destapamiento oficial del candidato. Se acabó el almuerzo, vino el café, la copa de coñac, y la buena nueva no llegaba. Otro café, otro coñac, y ¡nada! Pero a las dos horas llegó el primer telefonema: nada se había decidido aún. A la hora siguiente, otro telefonema: seguía el examen refido de los posibles candidatos. A la tercera llamada, Sánchez Taboada regresó a la mesa malhumorado por la larga espera y porque se le pintaba una situación confusa, que describió a sus invitados exclamando "¡Ahora resulta que hasta el viejito de Ruiz Cortines quiere ser Presidente!". Y a la media hora escasa se le comunicó que a don Adolfo se le había caído hasta el bikini. Sánchez Taboada comunicó la noticia a sus comensales sin otro comentario que un "¡a trabajar muchachos!".

Se cuenta con otro relato "íntimo" sobre la sucesión de Ruiz Cortines, hecho recientemente a un periodista (Excelsior

15, 22 de julio, 1974). Desde luego ofrece el punto flaco de atribuir la preferencia de Ruiz Cortines por López Mateos a la muerte de Enrique Rodríguez Cano, "hombre de confianza del Presidente", cuyo "puesto en el afecto presidencial" hereda López Mateos. Lo importante del relato, son, sin embargo, las "consultas" que hizo el presidente Ruiz Cortines. Este le pregunta al presidente del PRI, el general Agustín Olachea, quiénes sonaban como aspirantes a sucederlo. Olachea le dice los nombres, y Ruiz Cortines va comentándolos. Ángel Carbajal: "...ese es paisano nuestro, lo queremos mucho. Lo conocemos mucho. No lo vamos a analizar porque lo conocemos mucho". Gilberto Flores Muñoz: "¡Ay, caray! Gallo de espolón muy duro. Muy amigo, muy trabajador". El médico Ignacio Morones Prieto: "¡Ah!, honesto como Juárez; como Juárez, austero, como Juárez patriota, ¡como Juárez, sí señor!". Ernesto Uruchurtu: "¡qué buen presidente sería los primeros dieciocho años!". Y nada más, dice Olachea. Sin inquietarse, el Presidente le pregunta si no se habla también de López Mateos, y Olachea contesta: "Está muy tierno, señor Presidente". Ruiz Cortines le dice que de todas

14

maneras investigue si --como se dice-- es protestante. Al ver que el elogio presidencial más encendido caía en Morones Prieto, puesto que lo comparaba con el héroe máximo de toda la historia nacional, Olachea entendió que ése era el escogido. En una segunda entrevista, quiso informarle al Presidente del resultado de la investigación sobre López Mateos, pero al pronunciar este nombre, el Presidente lo interrumpió para decir: "Ya no siga, general, ¡Ése es!

Aun tomándolos a pie juntillas, ¿qué de cierto o de firme puede sacarse de estos dos relatos? Del primero, que el general Sánchez Taboada no era miembro del "círculo íntimo de la Familia Revolucionaria", sino un simple heraldo, o sea el que toca el trompetón en la plaza pública para congregar al pueblo y proclamar la buena nueva. Y del segundo, que las "consultas" del presidente Ruiz Cortines no pudieron ser ni más livianas o fingidas, ni más limitadas, puesto que sólo habló con una persona.

Es de suponerse que, en efecto, la selección del presidente no es del todo arbitraria en el sentido de que sea el único

que la hace, y que, hecha, se limita, llegado el momento oportuno, a ordenarle al presidente del Comité Nacional Ejecutivo del PRI que convenga con sus líderes cuál de los Sectores lanza el grito de a quién le tocó el gordo de la lotería. Se puede avanzar un paso más y admitir que, en efecto, el Presidente hace algunas consultas, o una "auscultación", para cerciorarse de que su Delfín no es rechazado airada y unánimemente; pero ni esos politólogos norteamericanos, ni nadie en el mundo, ha probado que esas consultas se han hecho, y menos cuándo, con quiénes y de qué manera. En México ha corrido desde hace mucho tiempo la versión de que los consultados son los expresidentes, y para apoyarla, se da como un hecho que el presidente Alemán, que había escogido a Fernando Casas Alemán como sucesor, tuvo que rectificar por la opinión adversa expresada por uno, varios o todos los expresidentes. Hay otras dos versiones de esta aventura. Una, de un político veracruzano, afirma que la oposición vino de los grupos políticos del estado de Veracruz, oposición tanto más significativa cuanto que de allí eran oriundos el Presidente y su heredero. Otra, de un observador cerca-

no, asegura que fueron los amigos del Presidente, o sean las familias Farra Hernández, Pasquel, Ramírez Vázquez, más el aguerrido coronel Serrano, quienes vetaron a "Casitas", por considerarlo ajeno y aun rival de sus intereses. Asimismo se ha dicho que al aproximarse su sucesión, Ruiz Cortines le pidió en alguna forma al general Cárdenas que hiciera declaraciones públicas enderezadas a descartar a Ángel Carbajal, clasificado como demasiado conservador. En todo caso, lo único fijo es que todos los expresidentes desmintieron públicamente en septiembre de 1969 que se les hubiera consultado alguna vez. Es más, don Adolfo Ruiz Cortines le colgó al Presidente en turno "la enorme responsabilidad de interpretar qué es lo que quiere y necesita nuestro pueblo", o sea que puede y debe elegir libremente a su sucesor. En cuanto a Casas Alemán, más de una persona ha asegurado haber visto toneladas de propaganda impresa que tuvo que destruirse después del fiasco; pero eso apenas probaría que Casas Alemán practicaba el arte del wishfull thinking, o sea dar por hecho lo que todavía está por hacerse y que bien puede no llegar jamás a hacerse. Por último, debe

17

convenirse en que las declaraciones públicas de Cárdenas son exactamente lo contrario de esa consulta privada, en realidad íntima, que se supone hacen nuestros presidentes, puesto que expuso su opinión a voz en cuello.

Hoy se cuenta con un testimonio doblemente valioso: por su reciente publicación y por referirse a la última sucesión presidencial, o sea la de don Luis Echeverría. Relata el general Cárdenas que el 21 de octubre de 1969, recibió el aviso de que el director de la Comisión Federal de Electricidad, Guillermo Martínez Domínguez llegaría a verlo en helicóptero hasta Mariscala de Juárez, en Oaxaca, para darle un recado de suma urgencia. Le comunica que traía el encargo del presidente Díaz Ordaz de informarle que el PRI había resuelto apoyar la candidatura de Echeverría, "por quien se inclinaba la corriente política mayoritaria del país". Con todo comedimiento Cárdenas le pide al recadero que trasmita al Presidente su agradecimiento por aquella atención. Pero sigue un largo y airado comentario, que en parte pudo haber dictado la baja estatura del emisario y su parentesco tan próximo con el presidente del Parti-

do. Dice: "Los mismos procedimientos han seguido los Presidentes anteriores: participarlo cuando ya han tomado la resolución sobre su sucesor". Trata de explicar este viejo proceder por el temor de no poder encauzar las divergencias que surgen "si se deja libre el juego". Él no lo tuvo, pues "dígame lo que se quiera", en 1939" el Partido de la Revolución Mexicana y el gobierno dejaron libre el ejercicio de la contienda electoral", actitud que explica que surgieran entonces cuatro candidatos a la presidencia. Por eso, treinta años después, sigue creyendo que

... la lucha entre los partidos políticos y la aplicación de métodos y procedimientos distintos para lograr el seguimiento y el apoyo popular respecto a programas y objetivos diferentes, son condiciones indispensables o implícitas en el ejercicio de la democracia política y la búsqueda de soluciones a los problemas del pueblo y del país.

COMO ESTOS politólogos se niegan a admitir que la sucesión presidencial se resuelve arbitraria o caprichosamente, se embarcan en definir los requisitos que ha de llenar un aspirante viable.

Scott dice de plano: "podemos vaticinar que los aspiran

tes caen más o menos dentro de este molde". En primer lugar, debe ser aceptable por el presidente en turno, o sea que le agrade o le simpatice como persona y como político, queriendo decir esto último que sus pareceres coincidan. Ha de gozar de buena salud, parecer enérgico y no ser "violentamente feo"; "muy hombre, pero no macho". Debe contar con algunos antecedentes revolucionarios, tener un origen modesto de clase media, y haberse elevado por su profesión o por la actividad política; demostrar alguna destreza administrativa. Ser oriundo de un estado grande, poblado y rico, en general de la Mesa Central; por último, no tener un claro tinte religioso o anti-religioso. Brandenburg parece concordar con Scott en que esos son los requisitos principales. Padgett agrega el de ser miembro del gabinete, no tener una esposa extranjera, ser conocido nacionalmente y no estar asociado estrechamente a grupos o intereses particulares.

Vale la pena detenerse un poco a examinar estos "requisitos" para definir en qué medida son válidos y en cuál otra son o no peculiares a México. La afinidad entre el presidente sa-

liente y su Delfín es al parecer el más convincente. Como nuestro gobierno, en realidad, es una monarquía absoluta sexenal, bien probable resulta que el monarca tienda a escoger un príncipe que se le parezca. Pero aun aquí son pertinentes algunas observaciones. Calles se inclinó por Ortiz Rubio, no por serle más afín que Aarón Sáenz, sino porque le parecía una materia maleable. Cárdenas escogió a Ávila Camacho a pesar de que su temperamento y su carácter personales, así como sus respectivas filosofías políticas eran bien distintos. Desde su discurso de toma de posesión Ruiz Cortines anunció que seguiría un camino diverso de su antecesor, e incluso amenazó con enjuiciar a los alemanistas deshonestos. Al muy poco tiempo se distanciaron López Mateos y Díaz Ordáz, y si éste creyó que le era más afín Echeverría que Corona del Rosal, se equivocó redondamente. Parece, entonces, que en ciertos casos el monarca tiene que considerar algo más que la simple simpatía. Por una parte, situaciones políticas que aconsejan escoger a un aspirante desemejante, y por otra, que en ocasiones se ve ante la necesidad de optar por el menos "peorcito", es decir, el que juzga menos dis-

tinto y distante. Además, el monarca puede equivocarse en su selección, de modo que le resulta diferente al que juzgaba semejante.

El requisito de la salud rige en todas las partes del mundo y en cualquier momento de la historia, como lo revela el caso reciente de Eagleton, a quien se le arrebató la nominación ya hecha como candidato vicepresidencial del partido Demócrata de Estados Unidos simplemente porque al pobrecillo lo habían tumbado alguna vez en el diván de un siquiatra. O las dudas de si Ted Kennedy tendría la estamina necesaria para gobernar a su país dadas las vacilaciones que tuvo cuando se le ahogó su secretaria o amiga. De todos modos, conviene recordar que don Adolfo Ruiz Cortines no era exactamente el más robusto de los mexicanos, y que nadie sospechó la fortaleza física que ha mostrado Echeverría. Pero aquí vale la pena detenerse un poco. No ha de ser muy difícil advertir las fallas de la salud meramente física de un hombre, pero no así los desequilibrios mentales y morales de que pueda ser víctima. Y estos son justamente los que para el caso de México convendría descubrir. Sin

duda que los dieciocho aspirantes a la sucesión tienen algún poder, y aun es posible que aumente con el tiempo y el mejor conocimiento de los asuntos que manejan. Pero a ninguno de ellos puede ocultárseles que ese poder no es propio ni duradero, sino prestado por el Presidente, quien puede revocarlo en un instante y sin pedir siquiera una excusa por el arrebatamiento. Además, ese modesto poder se achica y debilita porque ha de ejercerse silenciosa, tapadamente. Ahora bien: como de allí salta instantáneamente al poder absoluto de un presidente de la República, resulta inevitable que el Ungido sufra un tremendo choke o estrangulamiento mental y moral. Tal vez no sea aventurado suponer que, salvo Madero, ninguno de nuestros Presidentes logró recuperarse completamente, es decir, hasta darnos la impresión de que se consideran a sí mismos tan modestos y humildes como el último ciudadano del país. Lejos de eso, a todos se les han visto siempre airecillos de reyes y aun de dioses, seres superiores, de hecho sobrehumanos, capaces de crear con una varita mágica cosas nunca vistas antes. Por eso sobrecoge el pánico de que surja alguno que lejos de ahogarlo,

cultive el choke hasta conservarlo en pleno florecimiento aun después de que el principio de no-reelección los arrumbe en su casa particular. Pero ¿cómo medir, como los boxeadores antes de la pelea, la fortaleza mental y moral de los aspirantes? Por eso, digo yo, todos los mexicanos debiéramos orar para que la medicina progrese hasta que no nos entregue un aparato cuya aguja indique con decimales, esa fortaleza (o la debilidad).

Quizás deba vacilarse un poco al calificar de "violentamente feo" a Díaz Ordaz; pero nadie se atrevería a presentarlo como un adonis, o compararlo siquiera con su antecesor López Mateos.

El requisito de los antecedentes revolucionarios fue riguroso, digamos, hasta Cárdenas. Ávila Camacho se alistó en los ejércitos revolucionarios desde buena hora y ascendió hasta divisionario; pero nunca brilló en un campo de batalla. El único antecedente revolucionario de Miguel Alemán fue el de ser hijo de un general revolucionario. Los de Adolfo Ruiz Cortines eran muy tenues, y nulos enteramente los de sus seguidores hasta el día de hoy. Esto no quiere decir que no usen la retórica

revolucionaria; al contrario, la declaman más ruidosamente que aquellos otros que realmente pensaron e hicieron la Revolución. Todos nuestros presidentes, en efecto, proceden de la clase media baja, excepto Madero. Todos han demostrado habilidad para ascender en la escala política, así como alguna en el campo administrativo. Los tres politólogos cuyas opiniones se examinan aquí, añaden el de Veracruz a los estados del Centro de donde han procedido los presidentes. La verdad de las cosas es que dentro del período revolucionario los estados pobres (o menos ricos) y despoblados han dado más presidentes que los ricos o poblados. A los primeros pertenecerían los cuatro de Coahuila; uno de Querétaro; otro de Campeche, cuatro de Sonora y uno de Tamaulipas. Y en los segundos cabrían uno de Jalisco; tres de Veracruz; dos de Michoacán; dos de Puebla; uno del estado de México y el actual del Distrito Federal. También habría que considerar a los que no llegaron a la presidencia, pero que fueron rivales serios, o "finalistas". Entonces se vería que Guerrero (of all places) ha contribuido con tres; Hidalgo uno; Nuevo León uno; y Coahuila uno. Apenas si estarían

del otro lado dos de Michoacán. Es decir, a más de no ser siquiera cierto que la mayor parte de los presidentes han procedido de estados grandes, poblados y ricos, lo cierto es que no hay en absoluto razón alguna para negarle a Tlaxcala y a mi Colima la posibilidad de que en el futuro den alguno.

En cuanto a los requisitos que añade Padgett, está comprobado históricamente que todos los aspirantes han sido miembros del gabinete presidencial, y que por ahora no se ve motivo alguno para esperar que esta norma tenga una pronta excepción. Es de suponerse que, en efecto, se vería feo que el aspirante tuviera una esposa extranjera, pero Padgett yerra al citar en apoyo de su opinión a Ezequiel Padilla, cuya esposa no era norteamericana, y ni siquiera francesa, como parecería indicarlo el nombre de Coutolenne, sino poblana de varias generaciones. Parece acertado el requisito de no estar asociado estrechamente a grupos e intereses muy definidos, como que en realidad hasta ahora el requisito verdadero es que no haya dado color alguno en ningún asunto. En fin, Padgett señala el requisito de ser conocido nacionalmente. Sin duda ayudaría, pero debe convenir-

76

se en que desde 1946 y hasta antes del gobierno de Echeverría, resultaba difícil a cualquier aspirante llegar a ese punto, porque a ello se hubiera opuesto el presidente en turno.

PUEDE SER provechoso examinar otras observaciones de estos politólogos sobre temas próximos al de la sucesión presidencial. Desde luego las de Brandenburg, que describe todo el proceso selectivo hasta su culminación. Ya se dijo que señala y describe las nueve etapas de ese proceso, excepto la última, que olvidó tratar. La primera es la de "El Tapado", cuando el presidente en turno recoge del "círculo íntimo de la Familia Revolucionaria" las opiniones sobre la persona que ha escogido. La segunda es la del "Verdadero Tapado" (o del Destapado, como debería llamarse), es decir, cuando se hace público el nombre del finalmente seleccionado. La tercera es la de "Irse a la Cargada": hecho ese anuncio, todo el mundo, a más de aceptar al desvestido, lo aplaude con calor por considerar natural, lógica, inevitable la selección, dado el hecho patente de que lo adornan prendas y virtudes deslumbradoras y desde luego muy

27

superiores a sus rivales. La cuarta etapa es la campaña electoral del que ahora es candidato oficial del PRI. La quinta se dedica a seleccionar los siguientes senadores y diputados federales, así como los gobernadores de los estados cuya próxima elección cae día dentro del período del candidato presidencial. La sexta corresponde a las elecciones mismas; la séptima al recuento de votos y a la declaración del Congreso de haber ya un presidente electo. La octava se consagra a seleccionar los miembros del gabinete, los directores de los bancos oficiales y de los organismos descentralizados y de las empresas de participación estatal. Esta etapa se concluye el 30 de noviembre, cuando anuncia el que alguna vez fue el Tapado, después el Verdadero Tapado y ahora el Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos quiénes son los "Verdaderos Tapaditos", o sea sus colaboradores más próximos.

Se advierte que, salvo un lenguaje desenfadado, Brandenburg nada aporta. De memoria sabemos los mexicanos ese proceso, en parte porque lo dictan hábitos nuestros bien conocidos, y en otra porque algunas de esas etapas corresponden a normas

jurídicas ultrasabidas. La noticia que hubiera sido de interés sería una hipótesis siquiera sobre cómo se hacen esas selecciones de senadores, diputados, gobernadores, miembros del gabinete, etc., por si se descubriera alguna similitud con el modo de hacer las supuestas consultas del presidente en turno para escoger a su sucesor. Porque la idea misma de la consulta es vieja, viejísima. Recuérdese, en efecto, que cuando en 1929 el general Calles los quiso persuadir de que era buena y justa la idea de crear el PNR, les dijo a los caudillos militares re-nuentes que "el nuevo Presidente, por supuesto, buscaría orientarse entre los miembros representativos de la Familia Revolucionaria". (Froylán C. Manjarrez: La jornada institucional, 1930, Vol. I, p. 68).

Padget, por su parte, asegura que el proceso selectivo se inicia en realidad con una serie de rivalidades entre los dirigentes del PRI, que el Presidente trata de contener hasta el último momento, o sea poco después de su penúltimo informe al Congreso, entre otras cosas porque la incertidumbre llega a paralizar en buena medida los negocios. Y esto a pesar de que

desde 1952 (hasta 1964, fecha en que Padgett termina su libro), ha sido visible que la selección se inclina hacia un hombre capaz de equilibrar la derecha y la izquierda de la Coalición Revolucionaria. Así, "el problema ha sido dar con un candidato moderado y flexible que ajuste su acción gubernativa a las necesidades nacionales más apremiantes". Sin embargo, la observación de mayor interés que hace Padgett es ésta. El tiempo ha facilitado la sucesión presidencial al cambiar los símbolos carismáticos de la persona del líder al cargo que desempeña. Es el puesto de Presidente el que impone respeto, el que da al líder escogido la dignidad y los atributos carismáticos. "Así --concluye--, con el tiempo se ha creado una situación que es menos personal y más mecánica o de procedimientos".

Las dos observaciones interesantes de Padgett tienen cierto fundamento histórico. Cárdenas le dio a la acción y a la retórica revolucionaria un tono radical, cuya rectificación inicia Ávila Camacho y consume Miguel Alemán. La sucesión de éste pudo haber planteado la disyuntiva de volver al radicalismo o de confirmar su rectificación. Sin embargo, parece nece-

sario hacer aquí, primero, un retoque, y después, llevar el examen más allá del momento en que Scott y Brandenburg, que exponen también esta idea, terminaron sus respectivos libros. Puede darse por aceptada la existencia real de esa disyuntiva, llamémosla "ideológica"; pero también cabe suponer que en la selección final de Ruiz Cortines intervinieron factores personales y más terrestres. Si es verdad que el escogido inicialmente por Alemán fue Casas Alemán, cabe suponer que siendo éste hombre poco entendido y sin gran carácter, Alemán creyó que así podía conservar su poder hasta convertirse en otro "Jefe Máximo". Y la prolongación de la tesis de estos politólogos puede ser la siguiente. Quizás la selección de López Mateos se basara en creerlo un hombre del centro, o sea ni "alemanista" ni "cardenista"; pero aquí deben tomarse en cuenta dos hechos. López Mateos, en un retobo vengativo del que sin duda se arrepintió después, publicó un folleto contra Gárdenas, donde calificaba su gestión de "democracia bolchevicoide". Y si bien el folleto tenía en 1958 unos veinte años de haber aparecido, ninguno de los actores en su selección podía desconocerlo, como hoy

lo ignoramos nosotros, pues el folleto ha desaparecido de todas las bibliotecas públicas. El segundo hecho es que López Mateos intentó inclinarse hacia la izquierda, y que, habiendo encontrado serias resistencias, se regresó al centro. Parece también inadmisibile que alguien pudiera ignorar que Díaz Ordaz estaba, no en el centro, sino en la derecha, y que siguió ese camino hasta su triste fin.

Imbuído de las ideas de sus antecesores, Needler, un cuarto politólogo norteamericano, presenta en 1970 lo que él mismo llama "Teoría del Péndulo", con la pretensión --podría creerse-- de llevar el tratamiento de este fenómeno político de la sucesión presidencial al terreno de las ciencias físico-matemáticas. Según Needler, ése es un fenómeno claramente oscilatorio: el péndulo arranca de una posición de extrema derecha con el presidente Ortiz Rubio; pasa por una posición de centro con Abelardo Rodríguez, para llegar a la extrema izquierda con Cárdenas. Entonces el péndulo comienza a moverse en sentido contrario: de esa extrema izquierda pasa por el centro de Ávila Camacho para alcanzar con Miguel Alemán el extremo derecho. Una

nueva onda oscilatoria se inicia entonces: pasa por el centro de Ruiz Cortines hasta tocar la extrema izquierda con López Mateos. El nuevo desalojamiento pendular sería con Díaz Ordáz en el centro y Echeverría en la extrema derecha. Puede verse que hasta la posición central de Ruiz Cortines las cosas parecían más o menos aceptables; pero ya el izquierdismo de López Mateos resulta dudoso, y claro el derechismo extremo de Díaz Ordáz. Y por más empeño que se pudiera, resulta increíble que Echeverría ocupe una posición de extrema derecha semejante a la que en sus respectivas épocas llenaron Alemán y Ortiz Rubio.

En cambio, conviene retener la observación fundada de Padgett de que el tiempo ha facilitado la sucesión presidencial transfiriendo el carisma de la persona a la institución de la presidencia de la República. Yo rectificaría la fecha (1952) que Padgett da al inicio de esa transferencia, pues comienza con la selección de Miguel Alemán en 1946. Tampoco suscribiría yo por completo la idea de que el cargo de presidente de la República es el que impone respeto y da al escogido "los atributos carismáticos", sino tan sólo que ahora el poder proviene

de la institución de la presidencia y no de la persona del Presidente.

ESTA VEZ un historiador (no un politólogo): norteamericano, joven, inteligente, animoso y practicante de la metrohistoria, o sea la historia investigada matemáticamente. Ha venido estudiando desde hace unos cuatro años la movilidad política de México, y como una rama natural del tronco de su investigación, la "carrera" de la élite política que nos ha gobernado de 1946 a 1971. Para ello, ha seguido la vida y milagros de más de dos mil personajes de nuestra vida pública, desde los presidentes de la República, pasando por los secretarios y subsecretarios de estado, jefes de departamentos autónomos, gobernadores, líderes nacionales del PRI, directores de bancos oficiales y de organismos descentralizados, hasta senadores, diputados y embajadores. Peter H. Smith, que tal es su nombre, parte de un hecho que puede tenerse como cierto: en México existe una lucha por el poder político que puede no ser democrática "en el sentido estricto de la palabra", pero lucha de todos modos (y fe-

roz, podía añadirse). Entonces --se pregunta--, ¿quiénes vencen en ella? ¿A qué clase de personas se les hace hasta llegar a la cúspide de la escala? ¿Cómo y por qué llegan tan alto? ¿Cuáles son las condiciones sociales que permiten ingresar en la élite? En suma, dar con "las reglas del juego político" mexicano.

Por lo que toca a los factores sociales, las conclusiones de Smith son bien ilustrativas. Siendo México todavía un país predominantemente rural, sus gobernantes proceden casi sin excepción de centros urbanos de consideración. Siendo México un país con una proporción de analfabetos nada desdeñable y con un nivel educativo general bastante bajo, las tres cuartas partes de la élite política han estudiado en alguna universidad, o sea que México ha sido gobernado por una capa superior de la población que apenas representa el 3 por ciento del total. Por si algo faltara, el 47 por ciento de sus dirigentes proceden de la Universidad Nacional, que por eso resulta la incubadora más prolífica del país. Más de la mitad de esta élite ostenta títulos profesionales, y de esa mitad, el 40 por ciento el de

15

abogado. Todo esto en marcado contraste con la población económicamente activa del país, en la cual los profesionistas no llegan al 3 por ciento. Apenas si por lo que toca a la edad hay una correspondencia entre la situación de la élite y la general de la nación. En efecto, en consonancia con el carácter claramente juvenil de la población mexicana, el 64 por ciento de los dirigentes tienen entre 30 y 49 años.

No conforme con determinar qué condiciones sociales norman nuestra vida pública, sobre todo el lugar de origen, la edad y la altura educativa alcanzada, Smith registra el ascenso en la escala política y la caída de ella. Su punto de arranque es que el trasfondo social no sólo ayuda, sino que en cierta forma determina el ingreso en la élite, pero que una vez dentro, nada le ayuda para mantenerse en ella y menos para trepar hasta llegar a la cúspide, o sea la presidencia de la República. Cree que la causa determinante del ascenso es la posición estratégica en que se encuentra el neófito, o sea que el ascenso se logra sólo por unos cuantos caminos, de modo que sube quien camina por uno de ellos, o aquel otro que por lo me-

nos se halla en las proximidades. Así, de 129 nombramientos de secretarios de estado hechos durante el período 1946-1971, 36 se dieron a personas que ya lo eran; 31, a subsecretarios; 21 a otros burócratas de la Federación; 13 a gobernadores; 11 a senadores; 8 a dirigentes nacionales del PRI; 5 a directores de empresas oficiales o semi-oficiales; 2 a burócratas locales y 2 a líderes sindicales. De esto, Smith saca una conclusión de gran interés: nuestros dirigentes pasan mucho más por una variada experiencia política que por una preparación intensa para desempeñar un puesto determinado. En todo caso, viven en una tremenda incertidumbre, pues la posibilidad de trepar, aun la de atornillarse en un puesto, es muy limitada, y grande la de ser excluido. En efecto, 875 novicios trabajaron con un único presidente; apenas 294 lograron mantenerse con el siguiente; 122 con tres, y sólo un monstruo sobrevivió cuarenta y dos años en un mismo lugar.

El desenlace de este trabajo es muy curioso. El fin final que se propuso alcanzar era descubrir y fijar las "reglas del juego político" mexicano, y como Smith no las logra sacar de

sus estudios estadístico-matemáticos, acude a la entrevista con varios políticos mexicanos, y la respuesta fue única: "¡No hay reglas! ¡No hay reglas, señor!". Y sin embargo, Smith joven de escasos treinta años, carente de toda experiencia política personal, no digo en México, pero ni siquiera en su Madison, Wisconsin, concluye su investigación con una serie de sabios consejos para los jóvenes que aspiran a una carrera política. Adquiere una educación universitaria, de preferencia en la Universidad Nacional (ahora habría que agregar la Metropolitana), lugar donde, además, pueden hacerse los primeros contactos provechosos. Ingresas en el PRI, pues "no hay otro escogimiento práctico". Pesca, y entre más pronto mejor, un puesto en la política o en el gobierno; pero en cuanto puedas, sal de los municipales o sindicales y de los intermedios del PRI, pues de lo contrario tu carrera política puede terminar para siempre en la Cámara de diputados. Desde el primer momento, disponte a competir, pues de otro modo el ascenso resulta imposible. Hazte de tantos amigos como sea posible, y sobre todo entre tus superiores. Cásate con una mujer perteneciente

sus estudios estadístico-matemáticos, acude a la entrevista con varios políticos mexicanos, y la respuesta fue única: "¡No hay reglas! ¡No hay reglas, señor!". Y sin embargo, Smith joven de escasos treinta años, carente de toda experiencia política personal, no digo en México, pero ni siquiera en su Madison, Wisconsin, concluye su investigación con una serie de sabios consejos para los jóvenes que aspiran a una carrera política. Adquiere una educación universitaria, de preferencia en la Universidad Nacional (ahora habría que agregar la Metropolitana), lugar donde, además, pueden hacerse los primeros contactos provechosos. Ingresas en el PRI, pues "no hay otro escogimiento práctico". Pesca, y entre más pronto mejor, un puesto en la política o en el gobierno; pero en cuanto puedas, sal de los municipales o sindicales y de los intermedios del PRI, pues de lo contrario tu carrera política puede terminar para siempre en la Cámara de diputados. Desde el primer momento, disponte a competir, pues de otro modo el ascenso resulta imposible. Hazte de tantos amigos como sea posible y sobre todo entre tus superiores. Cásate con una mujer perteneciente

21

a una familia política, pero ten cuidado porque si la familia de tu esposa pierde el favor de los pudientes, tu posición queda comprometida (y recuerda que no es fácil romper los vínculos matrimoniales). Elige con sumo cuidado una camarilla pues tu propia suerte puede ser determinada por la del jefe de esa camarilla. No te hagas de enemigos. Tampoco desperdicies mucho tiempo en adquirir la habilidad que requiere un trabajo específico. Sin embargo, esfuérzate en distinguirte de algún modo. Sé paciente, de modo que si no te dan lo que apetece, no manifiestes tu enojo. Recuerda siempre que tu primera posición puede ser la última, de modo que "pesea lo que puedas mientras estés en ella". Puesto que de todos modos tu carrera puede terminar hacia la mitad de tu vida, sé condescendiente con tus subordinados, pues ellos, ya en posiciones superiores, pueden ayudarte a obtener siquiera el puesto de "consejero" de alguno de ellos. Recuerda que la iniciativa privada no ofrece muchas oportunidades a los políticos desplazados, de modo que es mejor pensar en una empresa propia, digamos de construcción (de hospitales, presas, carreteras, etc.), cuyo éxito, aun su

existencia misma puede depender de tus antiguos subordinados.

Es indudable que el estudio de Smith ayuda a entender y valorar los requisitos para ingresar en la élite política, pero bien poco --como él mismo lo admite-- para averiguar las causas de la ascensión y de la caída de nuestros hombres públicos. Enseña, sin embargo, que una y otra se deben a circunstancias ocasionales, al azar propiamente. Pero esto sí alcanza a explicar muchas cosas amargas: por qué la lucha para mantenerse en la escala permite, más bien exige, el uso de armas innobles, tal la adulación descarada, la atención desmedida a las "reglas del juego" y el descuido de la función administrativa que el hombre del puesto que ocupa reclama. Y explica asimismo en buena medida la corrupción, aquel "coge cuanto puedas mientras te dura", que aconseja Smit.

Y AHORA Li Aviamí, israelí, "especialista en ciencias sociales" ("Tapado y Tapadismo en México", en Nuevo Mundo, mayo de 1970, pp. 6-15).

Y AHORA un israelí, "especialista en ciencias sociales" (Primera versión: Li Aviamí: "Tapado y Tapadismo en México", en Nuevo Mundo, mayo, 1970, pp. 6-15). Segunda versión: Hodara, Joseph: "Tapado y Tapadismo en México", en América Latina; ¿El fin de los intelectuales?, 1972; pp. 37-52). Hasta donde se sabe, este es el único escritor que ha intentado llegar, no a los hechos (de los que no se ocupa y que, por lo demás, son inasibles), sino a toda una teoría del Tapadismo. Comienza definiendo la posición peculiar en que se encuentra un nuevo Presidente mexicano. A más de su función heredada de conciliar de algún modo los intereses opuestos de individuos y de grupos, tiene la nueva muy importante de "dramatizar y revitalizar los valores primordiales del credo revolucionario". La primera función es bien conocida, si bien no estudiada: el enorme poder del Presidente provoca el nacimiento, la fortaleza y la agresividad de grupos que lo presionan para salvaguardar sus propios intereses; pero como atender sin tasa a los de un grupo significaría sacrificar los de otros grupos, el Presidente

tiene que caminar dando una de cal y otra de arena. Asignarle la otra función resulta novedoso y de pronta aceptación. Los "valores primordiales del credo revolucionario" nunca fueron definidos con claridad; pero, de todos modos, son viejos, pues se supone que su presentación más articulada se halla en la Constitución de 1917. Si a su edad, de más de medio siglo, se agrega la sobada retórica que los ha envuelto por largos años, puede admitirse desde luego que sufren un desgaste adicional cada sexenio. Surge así la necesidad de una resurrección periódica, cuya eficacia aumenta si los dramatiza un nuevo Salvador. Es posible que este ensayista lo piense así, pues poco después asegura que el "tapadismo... comporta un caso singular de transmisión institucionalizada del carisma político".

Lo importante, sin embargo, es que para Li Aviani, o Joseph Rodara,

...el Tapadismo no es una nota accesoria y dispensable del sistema político mexicano; por el contrario, es una característica determinante, y su variación o desaparición envolvería un cambio fundamental en el conjunto de normas y de compartimientos que viene tipificando a México desde hace treinta años.

Quizás para reforzar la naturaleza permanente del Tapadismo o

de su cambio gradual y a largo plazo, asegura este escritor que destapado el futuro Presidente, él mismo practica el Tapadismo con su equipo de trabajo, ya que no revela el nombre de sus componentes sino el día mismo en que se posesiona de su puesto. También refuerza esa naturaleza permanente con otras consideraciones. Por ejemplo, que el Tapadismo le permite al Presidente en turno practicar la vieja táctica política de divide et impera, entre otras cosas porque en México no funciona propiamente el gabinete, en el cual por fuerza el Presidente tendría que someterse a una confrontación multilateral de todos sus miembros, sino que los "acuerdos" son casi sin excepción con un solo ministro, es decir, apenas representan una confrontación bilateral. Este sistema le permite al Presidente en ejercicio, primero, ganarse la lealtad de cada ministro, y, más importante todavía, calibrar la capacidad de negociación y la destreza de cada uno para crearse una fuente propia de poder. En otras palabras, el Tapadismo le permite al Presidente en turno ejercer

un continuo blackmail [chantaje] emocional sobre las personalidades y agrupaciones en competencia, lo cual lleva a una mutua neutralización que consolida el poder presidencial.

También refuerza la idea de que el Tapadismo es por naturaleza permanente o duradero con la consideración de que, contrariamente a la creencia común, la siguiente etapa, la de "La Cargada", beneficia no tanto a los cargadores como al cargado. En efecto, "después de cinco años de replegamiento, de anonimato, de 'el Señor Presidente', debe adquirir pronto un perfil propio, una imagen distinta". Y la gente que lo sigue, que se arroja en torno suyo, le sirve para labrarse esa personalidad, puesto que ahora a él, y no al otro, su antecesor, se le ruega, y es él, y no el otro, el que dispensa.

Por lo demás, resulta lógico (si bien lamentable) que una persona tan convencida del valor permanente y profundo del Tapadismo, no intente averiguar, o siquiera suponer, cómo se escoge al "Verdadero Tapado". Apenas afirma Hodara que después del penúltimo Informe al Congreso, el "corcholatazo" puede ocurrir en cualquier momento. Y que precede a este acto público el privado de un "ajetreo dentro del PRI y dentro de las orga-

nizaciones y personalidades parapríistas que es intenso, y, sin embargo, apenas audible". Supone, sin embargo, que en la selección del Ungido interviene la "alta élite" política, compuesta por el Presidente en turno, los expresidentes políticamente activos, el presidente del Partido y algunos asesores muy allegados al Presidente, que "recogen y expresan las presiones de numerosos grupos". Se ve que en este punto crucial de cómo y quiénes escogen finalmente al Encuerado, no se avanza gran cosa o nada. De acuerdo en que el Presidente en ejercicio forma parte, de hecho encabeza, esa "alta élite política"; pero las dificultades comienzan cuando en ella se incluye a los expresidentes "políticamente activos", pues, por una parte, está la declaración terminante de que jamás han sido consultados, y, por otra, se supone que todos dejan de hacer política desde el día mismo en que entregan el poder. Y no sólo ha de considerarse esa declaración, sino el hecho de que pierden todo poder político al muy poco tiempo de abandonar su puesto, porque, salvo quizás Cárdenas en su época, y Alemán hasta el día de hoy, nada particular representan ya en la vida nacional. Esto

es bien claro en los casos actuales de Portes Gil y de Díaz Ordáz, y un poco antes de Ruiz Cortines o de López Mateos. Cárdenas conservó alguna influencia, en realidad apenas verbal o simbólica, porque representaba una actitud o tendencia política definida, caso en el que también se encuentra Alemán, si bien menos claramente, entre otras cosas porque Díaz Ordáz llegó a superar el conservadurismo de Alemán. Pero Díaz Ordáz no ha podido ni puede ser tomado como representante de nada que no sea el "más vale no menearlo". Es aparentemente lógico suponer que el Presidente saliente consulta con el presidente del C.E.N. del PRI, puesto que nadie como éste puede tomarle el pulso a los más encumbrados dirigentes del Partido, a los dirigentes locales y aun a la base de cada Sector. Y, sin embargo, según los dos relatos antes presentados, el presidente del PRI ha desempeñado apenas el papel de recadero del Presidente.

De cualquier manera, Hodara elabora más el fenómeno del Tapadismo presentando lo que él llama sus "momentos críticos", que en ocasiones son simples etapas. La primera, la del "re-

plegamiento, la renuncia a la imagen propia, la participación anónima como un ingrediente más de la personalidad del Señor Presidente", es decir, del que está en turno. Puede calificarse de crítica, pues importa el sacrificio durante cinco años continuos de la propia personalidad, es decir, de lo que más ambiciona tener cualquier hombre y más un político. La segunda etapa (que en realidad es la misma) reside en la lucha de los dieciocho componentes del gabinete de uno contra todos para irse allegando el sostén de personalidades y de organizaciones, lucha que, sin embargo, ha de hacerse muy fina y ocultamente, lo cual --dice Hodara-- produce el buen resultado de revelar la capacidad de cada aspirante para negociar y transar con personas e intereses rivales. Aquí quizás valdria la pena puntualizar que esa lucha no existe, o es muy débil o provisional, durante los tres o cuatro primeros años del sexenio, y que se intensifica hasta hacerse "audible" en el quinto. El tercer momento crítico del Tapadismo es la "recta final", pues en cada aspirante surge la duda de si los partidarios que ha conseguido con tanto trabajo y esfuerzo aván a seguirlo hasta el mo-

mento decisivo, o si, por el contrario, le van a "chaquetear" más o menos descaradamente. La cuarta etapa, la del "corcholatazo", también puede calificarse de "crítica" y aun de trágica. Por una parte, el Presidente saliente pierde con prontitud su poder, y por otra, los aspirantes perdidosos y sus acompañantes se atemorizan ante el peligro incluso de represalias de parte del Radamés vincitore. Esto sin contar con que no sólo han perdido sus ilusiones, su tiempo y su dinero (o más bien el dinero de la Nación), sino tal vez toda su carrera política. Por eso, uno de los aspectos más delicados de esta etapa, al que no ha aludido, que yo recuerde, ningún politólogo, es el de consolar a los vencidos, tarea que en ocasiones cumple el propio Presidente, y en otras un hombre de su confianza que no ha tomado parte en la contienda. La quinta etapa --ésta decididamente no "crítica"-- es la fabricación o la hechura de un rostro propio del ahora candidato oficial del PRI. Este aderezo facial no se hace tanto --como lo supone Aviani-- sobre la premisa de demostrar la independencia del sucesor con respecto al sucedido, pues la experiencia ha demostrado que el corte se

hace pronto y de un modo que puede llamarse automático y total. Pero sí se hace y debe hacerse inevitablemente sorteando las tremendas presiones que revela la "cargada", pues todo deseo o petición insatisfechos que se hicieron al Presidente saliente, se le presentan ahora al candidato con la fuerza mayor de una reiteración. Además, están las peticiones nuevas, más numerosas, que brotan ante la posibilidad, por no decir la certeza, de que un hombre nuevo las acoja como propias. Viene ahora la sexta etapa, por necesidad "crítica", pues se trata de que el candidato ofrezca dramáticamente renovar los viejos ideales revolucionarios hasta conseguir su plena realización. Por eso --dice este ensayista--, "la campaña electoral es un formidable instrumento de catarsis, de desahogo público", pues se descubren nuevos problemas y se publican opiniones e informes indicativos de un sentimiento insatisfecho y aun rebelde.

Ahora viene la teoría del Tapadismo que propone Hodara. En primer lugar, el Tapadismo "satisface los requerimientos (personales y colectivos) de una mentalidad fundamentalmente mágica, y constituye A[un puente] entre una estructura políti-

ca tradicional y otra moderna". Para apoyar esa idea de una mentalidad mágica del mexicano, señala el hecho de que el mis-terio es un rasgo decisivo del Tapadismo, de hecho lo que le da su nombre. Es de suponerse que los antropólogos y los historiadores del México antiguo, es decir, de las sociedades y las culturas pre-hispánicas, acogerían con simpatía esa idea. No debe abandonarse la esperanza de que los politólogos no marxistas la consideren en sus especulaciones. La razón principal es la que se ha dicho antes: los historiadores y los antropólogos han considerado que en el viejo indígena mexicano se descubre una mentalidad inclinada a la magia como origen de milagros que curen dolencias para las cuales no halla una explicación racional. También han hecho la observación de que por eso mismo el mexicano vio primero en el sacerdote, después en el caudillo militar y ahora en el jefe de estado, un ser superior, capaz de hacer desaparecer todo mal, o de volcar el cuerno de la abundancia con el solo toque de la varita mágica de su poder absoluto. Pero me temo mucho que la teoría final de Hodara no fuera aceptada. Ella consiste en sostener que México, y toda

la América Latina, no sufrió los embates de la secularización que padecieron los pueblos del Occidente europeo con movimientos como el Renacimiento, la Reforma y el "Iluminismo", sin contar con que tampoco México logró la secularización que le hubiera traído una copiosa inmigración europea. La falta de esas influencias secularizadoras, pues, ha dejado en México, como si dijéramos, un espeso sedimento mágico. Entonces, "el Tapadismo satisface las exigencias de una cultura fundamentalmente mágica". Desde luego, una concepción discontinua del tiempo: "así destaparse al Candidato, se produce una ruptura en la secuencia rutinaria del tiempo, y por eso las esperanzas se recrean: viene la primavera". El otro elemento mágico del Tapadismo es la del misterio que lo rodea. En fin, está también el del sacrificio: destapado el Tapado, el Presidente en turno se convierte en una figura "ceremonialmente respetada", pero cuyo poder real se va achicando cada día hasta desaparecer todo él.

Desde luego, es inevitable pensar que si --como lo afirma Hodara-- se sustrajo al proceso de secularización que sufrió

la Europa Occidental, no se explica cómo sólo en México se ha dado el Tapadismo, aun cuando quizás se piense en el caudillo militar como sustituto del Tapado, o en Evita Perón, que alcanzó el poder ahora sí que por arte de magia. Por otra parte, no deja de notarse una contradicción entre el carácter duradero del Tapadismo y la fuerza secularizadora que representan la industrialización y la concentración de grandes masas en los centros urbanos, para no hablar de la penetración educativa, sobre todo la de carácter científico y técnico, y una comunicación instantánea y permanente con las culturas occidentales, perfectamente secularizadas. Parecería, entonces, que para que la teoría de Hodara fuera aceptable, debería verse ya una disminución de la magia del Tapadismo.

EN TODO caso, esto es cuanto han visto los extranjeros del problema de la sucesión presidencial. Ensayemos ahora ver lo que el mexicano puede desenterrar de su historia reciente.